

Roger AX

Lola Velasco

CARLOS GARCÍA RETUERTA

Roger AX. La divertida historia de la humanidad
Alfaguara, Madrid, 1997 205 págs.

Roger AX es un extraterrestre del planeta Q-3 que realiza un viaje de estudios a nuestro planeta. Su medida diferente del paso del tiempo y su capacidad de moverse a sus anchas, tanto en ese tiempo como en el espacio, le permiten hacer un recorrido por la historia de la humanidad desde el neolítico hasta nuestros días. Por el camino nos irá contando detalles de la vida privada de cada época, pinceladas de la intrahistoria a modo de aventuras, sólo que con personajes y hechos reales. Así, Roger AX, testigo privilegiado de esa historia, se irá transformando sucesivamente en coinventor de la rueda con los sumerios, escriba en Egipto, jurista en Babilonia, ingeniero de las legiones de César, enfermero en Al-Andalus o vendedor de enciclopedias en la Revolución francesa. En principio la idea podría resultar interesante: ofrecer una imagen desenfadada de la historia, que el lector obtenga una visión de conjunto, liberada de la aridez que suele ir asociada a esta materia en el programa escolar.

Pero las buenas intenciones en este caso se quedan en eso, ya que este resumen, a modo de «Érase una vez el hombre...», quiere ser divertido, como indica en el título, y esa diversión se busca constantemente por medio del lenguaje forzado hasta la extenuación. Lo que quiere ser efecto humorístico se transforma en cargante sucesión de expresiones jergales, que en vez de amenizar la narración, la entorpecen. Son constantes expresiones del tipo: «chungo», «tócame las antenas, melenas», «por todo el papo», «era un potrudo», «se tenían tirria», «era un rollo cebollo», «me entraba el canguis», «me las piré», «molaba un montón», etc. En el colmo de su intento desesperado de ser gracioso es capaz de traducir el famoso «Veni, vidi, vinci» por «Llegué, eché un visual y gané en un pis pas» o de dar no una, sino dos buenas razones para justificar un apodo: «Juan Velillas no se apellidaba Velillas. Lo llamábamos así por lo bien que se subía a las velas y porque de la nariz solían colgarle unos mocarros que parecían velas de alumbrar iglesias». Y esto no es que vaya contra lo «políticamente correcto», sino que sencillamente es un insulto a la inteligencia de los jóvenes lectores, a los que intenta ganarse con ese lenguaje y esos chistes tontos.

En fin, un libro en el que las ramas no dejan ver el bosque y lo que es claridad en cuanto a selección de contenidos y visión de conjunto se ve truncado y entorpecido por el abuso de ese lenguaje gracioso.